

La calle
Diario de un espectador
Tiempos de aguas
por miguel ángel granados chapa

para el viernes doce de septiembre de 2008

No cesa de llover en todo el mundo. Y en no pocas partes el exceso de agua provoca crecientes en los ríos que arrastran cuanto hallan a su paso o, desbordados, inundan extensiones de tierra que queda arrasada, a veces sin huella de los campos labrantíos que en ellas hubo, o con escombros y muestras de desolación donde había construcciones, calles, caminos.

Hablar con la intuición del poeta de tormentas y sequías le era dable a Octavio Paz aun en comunicaciones particulares. En una carta de mediados de 1966 dirigida a Tomás Segovia, traza así las coordenadas del extremo clima veraniego en la India, país a que estaba llegando como embajador de México. El clima le sirve, además, como pretexto o móvil para aproximarse a ese país, su nuevo destino, no sólo en el sentido diplomático:

“Llegamos hace cuatro semanas en medio de un gran aguacero. Todo estaba húmedo, verde, chorreante. Durante seis días llovió sin parar. Aquel que no haya visto –ni oído, olido, gustado, tocado—las lluvias de la India, no sabe lo que quiere decir llover. Montañas de agua. Y el viento que azotaba a los árboles (y qué árboles) doblaba sus troncos, esparcía el agua y derribaba a los pocos pájaros que se atrevían a volar. Un delirio verde, genérico, casi paradisíaco y aterrados, pero con cierta perversidad ambigua y una suerte de melancolía, como si ya se supiese que toda esa violencia terminaría en pudrición. Después dejó de llover y vivimos en un baño de vapor. En unos cuantos días la tierra chupó toda el agua y el resto el sol se la bebió. Hace más de ocho días que no llueve, la temperatura ha vuelto a subir –andamos entre los 40 y 45 grados a la sombra y el aire parece brasa. Los periódicos dicen que el monzón se ha ‘extraviado’. ¿Adónde se fue y quién irá a buscarlo? Como hace tanto calor, salimos apenas. Día y noche el zumbir de los aparatos que enfrían el aire. En las noches parecen motores de barcos perdidos o el caer regular de una cascada mecánica –una cascada de agua abstracta. Esos aparatos aíslan más del mundo exterior que la calefacción de los países fríos. ¿Se sentirá algo parecido en los submarinos?

Nueva York se ha vuelto irreal, y la India, que hace un mes parecía irreal, ahora es lo único real. Sólo que su realidad es tal, que anula a todas las realidades conocidas o por conocer. No cabe en nuestra idea de la realidad. Es como caer de pronto a la mitad del discurso de la filosofía de la historia de un Hegel mil veces más inteligente que el Hegel real –pero loco. La extrañeza es doble: el tamaño, la dimensión descomunal de lo que pasa y la manera en que se combinan y encadenan los elementos. La historia universal al revés –y no menos real que la nuestra. Una realidad que desafía a nuestra razón, se ríe de nuestra cólera, es indiferente a nuestro amor y envilece a nuestra piedad. Aquí las medidas –en nuestros días ya resulta sospechoso decir valores—son otras. El error (más bien pecado) de Nehru consistió en creer que las medidas de la India y las de Occidente eran intercambiables. La India no es Occidente pero tampoco es Oriente. No se parece a China ni al Islam. Si no se parece a las demás civilizaciones, tampoco se parece a sí misma; si se ve en un espejo, aparece otra India. Es única pero no una: hay muchas Indias y todas distintas. Su historia, por ejemplo, tiene una lógica (o como quiera llamarse al ‘proceso’ histórico) particular: el budismo, que sería su protestantismo, no está después sino antes de lo que también sería su catolicismo, el hinduismo. Y así todo –religión, cocina, mitos, filosofía y, por supuesto, geografía. ¿Sabías que los Himalayas son las montañas más jóvenes del planeta? Su religión parece un sueño, su filosofía es religión, su religión...¿qué es su religión?